

MIENTRAS SE AVECINA EL TERCER MILENIO

José Manuel Estepa Llaurens
Arzobispo Castrense de España

Revista de Aeronáutica y Astronáutica da la bienvenida a Monseñor Estepa Llaurens. Es la primera vez en la historia de nuestra Revista que el Arzobispo Castrense prestigia con su presencia las páginas de la misma. Deseamos agradecerle públicamente la gentileza y amabilidad con las que ha atendido la petición que le hicimos, que aportase su magisterio en la orientación espiritual de nuestros lectores.

O FRECER en estas páginas una información sobre el significado y alcance de una actividad que se ha convertido en punto

de importante referencia para la vida de la Iglesia Católica en estos años, finales del siglo XX, creo que encierra para muchos un evidente interés religioso y cultura.

Mientras se acerca el Tercer Milenio. Así podrían traducirse las tres primeras palabras latinas —*Tertio Millennio Adveniente*— con que inicia Juan Pablo II la Carta Apostólica dirigida, en 10 de noviembre de 1994, a todos los miembros de la Iglesia Católica, convocándolos a prepararse a celebrar en el año 2000 el cumplimiento de los dos milenios de la era cristiana, que, para los cristianos, es celebración del definitivo acontecimiento de la Venida de Dios a la historia humana; el Nacimiento de Jesucristo, Hijo de Dios y Hombre verdadero, en Belén de Judá.

La perspectiva de la inminente entrada en el tercer milenio de la historia del cristianismo ha dominado el pensamiento del Papa, desde que fue designado para el ministerio de Sucesor de Pedro, en 16 de octubre de 1978. Juan Pablo II ha vivido y sigue viviendo estas dos décadas finales del presente siglo como una invitación apremiante a los creyentes a hacer revisión de su fe, vivida a través de un veintenio de siglos, en medio de los pueblos y de las diversas civilizaciones; y a entregarse a una profunda renovación interior, dejándose conducir por el Espíritu de Dios.

Ya en su primer saludo en la Plaza de San Pedro de Roma, cuando fue elegido Papa, exclamó: "No tengáis miedo... Abrid las puertas a Cristo". Al año siguiente, en 4 de marzo de 1979, mandaba a todos, obispos y fieles, su primera Carta Encíclica, titulada *Redemptor ho-*

minis, anunciando que su dedicación sería total a proclamar, andando los caminos del mundo, que Jesucristo es el Salvador que nos ha sido dado. En su Encíclica quiso orientar los corazones de los cristianos a vivir este tiempo como un



gran y excepcional tiempo de Adviento. El Papa ha sido sumamente coherente, en su propia vida y actitudes espirituales, con el sentido de la convocatoria que dirige a todos sus hermanos en la fe a Jesucristo.

Llegados los años últimos del siglo, ha querido proclamar el "Jubileo" del año 2000 como año de gracia del Señor; y ha invitado a todas las comunidades, desde las más pequeñas como la familia, a las más grandes como las naciones y las organizaciones internacionales, a preparar con hondura humilde e interior la celebración gozosa de los dos mil años del Nacimiento de Cristo.

En su carta de convocatoria —Tertio Millennio Adveniente— ofrecía un programa exigente y preciso de preparación para el Jubileo: la celebración del año 2000 habría de ir precedida de una primera fase (1995-1996) de sensibilización y examen de conciencia; seguida por una segunda fase de preparación inmediata (años 97, 98 y 99), en que el año que estamos vivien-

do de Dios al final de los tiempos. En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno.

Y añade el Papa: "De esta relación de Dios con el tiempo nace el deber de santificarlo... Desde esta perspectiva se hace comprensible el uso de los jubileos, que comenzó en el Antiguo Testamento y continuó en la historia de la Iglesia".

Es decir, el Año Santo o Jubileo del año 2000, incluso su tiempo precedente, no es un tiempo que, por sí mismo, esté cargado de una particular "energía sagrada", como si fuera un año "separado" del resto del tiempo y "reservado" para consagrarlo solamente a Dios, pero sí es un tiempo "fuerte" de salvación y de gracia para el que cree. La fuerza espiritual al Año Santo le viene, sobre todo, de la propia disposición espiritual de la Iglesia y de cada uno de los creyentes, que confía en la fuerza de la oración: "Llamad y se os abrirá... Pedid y recibiréis" (Mt, 7,7). Dios escucha y su fuerza se despliega allí donde el hombre le ofrece condiciones propicias.

¿Qué está pasando espiritualmente en estos años? ¿qué podrá suceder en este tiempo? Una realidad espiritual como ésta escapa a análisis cuantitativos e investigaciones humanas.

De lo que sí tenemos certeza es de que se nos ofrece un tiempo particularmente cargado de promesas de Dios, en que se nos exige, a los que creemos, un plus de energía moral y espiritual, de cooperación realista y humilde en la renovación personal y en la de nuestro entorno.

Creemos que la Carta Tertio Millennio Adveniente no es un documento ocasional, sino una muy madura y provocadora convocatoria a los discípulos de Jesucristo: ¿qué habéis hecho de vuestra fe y de la herencia espiritual cristiana de vuestro propio pueblo? Y es interpelación que alcanza también a los no creyentes: ¿qué deseáis hacer con la vida humana y con la Naturaleza misma?

Entender y aceptar la convocatoria de Juan Pablo II no es posible sin una actitud espiritual, sin un amor por los valores del espíritu, sin sentirse atraídos hondamente por Jesucristo, por su vida y sus enseñanzas.

De alguna manera, el programa que propone el Papa para estos años que cierran el segundo milenio es el servicio culminante que él presta a los cristianos del mundo entero.

Es una invitación particularmente a la Iglesia Católica para que realice un valiente examen de conciencia, se purifique de sus pecados y abra nuevas y más evangélicas páginas en la historia.

Es un grito, de esperanza, que desea ser oído por todos los hombres que caminan en la noche y en el desánimo. ■

"Se nos ofrece un tiempo cargado de promesas de Dios, en que se nos exige, a los que creemos, un plus de energía moral y espiritual, de cooperación realista y humilde en la renovación personal y en la de nuestro entorno"

do se habría de consagrar a la reflexión sobre Jesucristo, Verbo de Dios, hecho hombre por obra del Espíritu Santo. "Para conocer la verdadera identidad de Cristo, es necesario que los cristianos, sobre todo durante este año, vuelvan con renovado interés a la Sagrada Escritura". De modo particular, dirigida a cada uno y a la comunidad entera, deberemos escuchar durante el año actual la pregunta que Jesús hizo a sus propios discípulos: ¿Quién decís que soy yo? (Lc, 9,20). Y responder a ella con profundo deseo de autenticidad.

Algunos se preguntan el por qué la celebración del segundo milenio del Nacimiento —cuyo aniversario convencional, después de todo, lo venimos celebrando año tras año en los días festivos de la Navidad—, la Iglesia se reviste de todas esas connotaciones que trascienden lo que sería la conmemoración de un acontecimiento, ciertamente único y relevante, pero, al fin y al cabo, un hecho histórico.

A este propósito, Juan Pablo II reflexiona así: "En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hi-